

GRANJA, José Luis de la; BERAMENDI, Justo y ANGUERA, Pere, *La España de los nacionalismos y las autonomías*. Madrid, Síntesis, 2001, 462 pp.

La monografía que comentamos —a cargo de tres relevantes especialistas, Pere Anguera (catalanismo), José Luis de la Granja (nacionalismo vasco) y Justo Beramendi (galleguismo)—, aborda el problema más grave de la España actual: la articulación e integración territorial del Estado.

La obra contempla una perspectiva integradora y comparativa de los distintos nacionalismos y regionalismos, las relaciones entre ellos y el marco estatal en el que se desarrollan. Se articula en cinco capítulos generales que coinciden con los grandes períodos de la España contemporánea.

El primero —*Los orígenes de los nacionalismos en la España del siglo XIX*— arranca con la construcción de la nación española liberal, fracturada por la controversia religiosa, el litigio militar y los enfrentamientos alrededor de la naturaleza del sistema político. La combinación de estas tres cuestiones genera unas divisiones tan profundas en la sociedad que provoca incluso, como ha señalado Borja de Riquer, una falta de acuerdo sobre los símbolos mismos de la nación (bandera, himno, efemérides), lo que indica las limitaciones de la potencia nacionalizadora del proceso.

La nacionalización española acaba fallando en lo fundamental: asociar el patriotismo y la identidad a un desarrollo modernizador, en lo político y en lo demás, suficientemente eficaz para afirmar y ensanchar la base social de la nación española y, al tiempo, erradicar o estrechar la de otras fidelidades. El fracaso de la democratización de 1868-1874, y especialmente la de su expresión federal, bloqueó ese camino y contribuyó a crear las condiciones para que, cuando actuasen otros factores, acabara quebrándose esa unicidad nacional española.

Esas restricciones quedan también puestas en evidencia por el escaso deterioro que sufren las etnicidades subestatales. Las lenguas no castellanas inician un renacimiento literario, asociado además a movimientos culturales e historiográficos que sientan las bases de posibles discursos nacionales alternativos. Pero este fenómeno es especialmente visible en Cataluña, País Vasco y Galicia, cuyos orígenes se analizan en estas páginas. Entre los precedentes del catalanismo político no faltan las referencias a la larga persistencia de la identidad catalana, el liberalismo radical y el primer carlismo, el anticlericalismo, *la Renaixença* y la historiografía romántica y los primeros brotes federales durante el Sexenio. Para el caso vasco, carlismo y fuerismo aparecen en la génesis del movimiento, con referencias a la crisis del régimen foral, la primera guerra carlista, la invención de la tradición vasca y la abolición de los fueros. Con respecto al galleguismo se subrayan los factores que condicionan su desarrollo posterior: inexistencia de instituciones de autogobierno corporativo, la estructura socioeconómica y la ambivalencia de la etnicidad.

Aunque con menos intensidad y con menores consecuencias para el futuro, estos *provincialismos* apuntan también en los sitios más insospechados. Influidos siempre por

el historicismo y el romanticismo literario, unas veces se orientan al tradicionalismo y otras están muy unidos al naciente federalismo democrático. Tales son los casos de Asturias, Valencia y Baleares.

El capítulo segundo —*Los nacionalismos durante la Monarquía de la Restauración*— plantea como marco general los regeneracionismos y la crisis del Estado. Domina la voluntad de establecer la continuidad interrumpida por el Sexenio en todas sus dimensiones, desde la ideológica y la retórica hasta la de la organización territorial del Estado.

A pesar de estas reacciones defensivas, el regionalismo sigue su curso en sus tres centros principales y hasta empieza a brotar débilmente en otros sitios. Y a diversificarse: unas veces va ligado a una etnicidad diferenciada más o menos real, otras a la defensa de unos intereses socioeconómicos específicos; en unos casos sigue una orientación «centrífuga» similar a los regionalismos principales, en otros tiene una clara vocación «centrípetas», de reforzamiento de la cohesión nacional española por otros medios, sobre todo en Aragón, Castilla y Andalucía. Con todo, nace entonces el discurso andalucista de la mano de Blas Infante.

Será durante la Restauración cuando se asista a la estructuración y expansión de los principales movimientos nacionalistas. Es el caso del catalanismo con la *Renaixença*, la figura de Valentí Almirall, el impacto del 98 y la Lliga Regionalista, la Mancomunidad y su posterior diferenciación ideológica. En el País Vasco deviene determinante el impulso de Sabino Arana y la fundación del PNV, con su posterior evolución de éxito político y escisión. Por su parte, el galleguismo pasará del regionalismo al nacionalismo con la fundación de las Irmandades de Fala.

Todos estos fenómenos alcanzan una intensidad máxima en 1917-1919. La cuestión nacional se suma a la política y a la social como una de las grandes líneas de fractura del régimen. Sin embargo, la evolución de los otros problemas importantes —la crispación social, el desastre de Annual y las responsabilidades del monarca y el ejército— contribuirá a aliviar las tensiones nacionalistas, finalmente arrolladas por el triunfo del españolismo centralista y uniformista que supuso la Dictadura de Primo de Rivera.

El capítulo tercero se centra en *Los nacionalismos y la cuestión autonómica en la II República y la Guerra Civil*. Fue en estos años cuando el problema de la estructuración territorial adquirió su máxima trascendencia. Nació así el Estado integral, fórmula de compromiso entre el gobierno central y las demandas autonomistas. La dinámica abierta por la Constitución de 1931 repercutió en todas partes, en unas de forma débil (Asturias, Extremadura y Canarias), con más fuerza en Castilla —por su acendrado anticatalanismo—, Andalucía, Aragón, Baleares, Valencia. Como es lógico el proceso fue más intenso en Cataluña, País Vasco y Galicia, especialmente en la primera, que vivió su primera experiencia autonómica, frente a la demora del Estatuto vasco y la frustración galleguista. Todo ello quedó laminado por la victoria del nacionalismo español centralista en la Guerra Civil.

A las consecuencias de la contienda se dedica el capítulo cuatro: *Los nacionalismos bajo la Dictadura de Franco*. La «España una» significó la renacionalización forzada.

Los nacionalismos alternativos sufrieron el mismo trato que las organizaciones democráticas o las obreras. En estas condiciones desaparecieron de escena y sólo los más fuertes pudieron sobrevivir a duras penas en el exilio y mucho menos en la clandestinidad. Ahí están para corroborarlo las excelentes páginas dedicadas al genocidio cultural catalán, la resistencia del nacionalismo vasco, el surgimiento de ETA y la pervivencia del galleguismo.

La ofensiva españolista del franquismo tuvo, a medio y largo plazo, el doble efecto general de radicalizar ideológicamente los nacionalismos subestatales y de propiciar su desarrollo donde antes no había habido o habían sido sólo incipientes. Las mutaciones vasca y gallega son buenos ejemplos de lo primero; la aparición del independentismo canario o la nueva dimensión del andalucismo y el valencianismo lo son de lo segundo.

Cierra esta evolución cronológica el capítulo quinto destinado a *Los nacionalismos en la España de las autonomías*, donde se analizan las nuevas coordenadas de la cuestión nacional partiendo del modelo de transición democrática para centrarse en el Estado de las Autonomías y su consolidación. Se presta especial atención al caso catalán, donde la independencia se manifiesta más como un deseo ucrónico que como una propuesta política inmediata. Más compleja es la evolución del País Vasco, donde el legado aranista ha subsistido en las dos grandes ramas en que se ha dividido este movimiento, la moderada del PNV y la radical de *Aberri* a ETA y HB. Junto con ello, como señala José Luis de la Granja, el nacionalismo vasco ha carecido de un proyecto de España y en ocasiones ha formulado un proyecto contra España. Por su parte, la propuesta galleguista ha pasado de la ruptura a la participación. No obstante, la composición de la organización actualmente dominante, el BNG, es ideológicamente tan heterogénea y su articulación tan peculiar que obligan a plantearse serios interrogantes de futuro en el caso de que, al mismo tiempo que crece, no sea capaz de ir disolviendo diferencias y adaptando su modo de organización y sus actitudes a sus nuevas dimensiones y responsabilidades.

A las aportaciones anotadas —en las que hay que subrayar su claridad expositiva— se une un sexto capítulo —debido a José Luis de la Granja— acerca de *Las alianzas políticas entre los nacionalismos periféricos* —catalán, vasco y gallego— durante el siglo XX. Se estudia así la Triple Alianza de 1923, concebida como un acuerdo *internacional* de los tres nacionalismos contra el Estado español y por la independencia de Cataluña, Euskadi y Galicia. No pasó, empero, de ser un pacto circunstancial y táctico, de carácter más testimonial que político, sin ninguna eficacia práctica. El segundo convenio se retrasó a la coyuntura de 1933 con el nacimiento de la Galeuzca, que luchará por las autonomías y el federalismo. A largo plazo, su meta era conseguir que la República española se convirtiese en federal e incluso en confederal. Sin embargo, los intereses partidistas acabaron con ella. Otro tanto ocurrió, y por el mismo motivo, con su reconstrucción en el exilio. Por último, se presta atención a la Declaración de Barcelona de 1998, firmada por Convergencia Democrática de Catalunya, Unió Democrática de Catalunya, el PNV y el Bloque Nacionalista Galego, que abogaba por configurar un Estado plurinacional de tipo confederal. Su trayectoria adolecerá de los mismos defectos que sus predecesoras: heterogeneidad ideológica e ineficacia política.

Como último capítulo se aborda el estado de la cuestión a través del examen de la copiosa historiografía existente sobre el problema nacional en España y los nacionalismos catalán, vasco y gallego. El libro se cierra con una amplia selección de documentos históricos de los siglos XIX y XX y con una extensa bibliografía, tanto general como específica.

En suma, un excelente trabajo que proporciona una visión global, objetiva y razonada, de un tema complejo y controvertido. No es necesario añadir que contribuye a mejorar el conocimiento del pasado y la comprensión del presente de un asunto clave de la España contemporánea y crucial de la actual.

Pedro M^a Egea Bruno
Universidad de Murcia

JULIÁ, Santos (Dir.): *Violencia política en la España del Siglo XX*. Taurus. Madrid, 2000, 422 págs.

Bajo la dirección del profesor Santos Juliá ve la luz una obra de gran actualidad, por cuanto de ejercicio de identificación de las claves de la violencia política en la España de hoy tiene, con toda la dificultad que ello entraña. Desde una perspectiva histórica, filosófica, casi antropológica, si cabe, el conjunto de trabajos que eminentes investigadores, pensadores, periodistas, sociólogos y politólogos realizan, constituyen un estudio de obligada lectura para comprender los diferentes conflictos políticos que en la España contemporánea han tenido como instrumento o recurso inevitable, los comportamientos violentos.

Todos los trabajos tienen un denominador común, aportan una oportuna reflexión sobre las ideas y las acciones que impulsan la respuesta violenta, en su mayor parte producto de una acción colectiva, ya sea en el marco de la *acción directa* de los anarquistas; en el del estado permanente de guerra civil que vive España en el XIX, y que bien corrobora la causa carlista; en la respuesta violenta de las derechas, especialmente simbolizada en los actos que engendra la idea fascista; en la revolución de las izquierdas en su lucha por la conquista del poder en sus diferentes planteamientos; en la violencia anticlerical protagonizada por socialistas y anarquistas en su deseo de secularización de la sociedad; en la violencia patronal contra el sindicalismo revolucionario; en la respuesta violenta del Ejército cuando asume un papel político que no le corresponde; y, por último, en la violencia nacionalista y la respuesta del Estado, que no deja de ser otra forma de violencia política, ejercida, a veces, desde el control social y la represión.

La obra que reseñamos aporta una visión de conjunto con una magnífica unidad de lenguaje, de ideas y de profundo debate. Estamos ante una respuesta coherente a todas